

¿Seguimos en 1984?

No Llega el Viento del Cambio

- ★ Discurso y Realidad Marchan por Caminos Diferentes
- ★ La Incredulidad en las Elecciones Tiene sus Costos
- ★ Se Ignora Cuándo la Modernidad Ganará la Partida

LORENZO MEYER

¿Pueden coexistir la modernidad y el "ratón loco"? Quizá, pero sólo temporalmente y en medio de un conflicto.

Cuando la pretendida modernidad política llegue a México, si es que finalmente llega, los operativos de manipulación del padrón electoral como el que tuvo lugar en las últimas elecciones de Coahuila —el famoso "ratón loco"— deberán ser historia pasada y superada, parte de una picaresca política inaceptable y obsoleta. Sin embargo, hoy por hoy no es posible saber cuándo la modernidad ganará la **partida** a sus poderosos enemigos... si es que finalmente **la gana**. La experiencia reciente demuestra que en México, y por ahora, un "ratón loco" puede tener más vidas que un gato.

De acuerdo a la visión oficial, los procesos sociales de nuestro país tienen actualmente como característica central el cambio, un cambio encabezado por el gobierno; así al menos se afirmó una y otra vez, y de muy

NO LLEGA EL VIENTO

Sigue de la primera plana

distintas maneras, en el último informe presidencial. Y no hay duda que México está cambiando rápida y profundamente, pero se trata de un cambio selectivo. Ese cambio es particularmente claro en los campos de la economía pública y privada. Pero hay otros, en particular el de la política electoral, donde esos aires de cambio no soplan, en donde México parece estar detenido en el tiempo. Y el punto donde

se encuentra inmóvil se puede ubicar con gran exactitud: en 1984. No en el 1984 de hace un sexenio, desde luego, sino en otro peor: en aquel que imaginó George Orwell en su famosa obra que lleva justamente como título a esa fecha: 1984.

Como quizá recuerde el lector, una de las características de la vida pública en el desagradable sistema político imaginario pero muy posible donde transcurre el 1984 orwelliano, es

que el discurso del poder no corresponde a la realidad sino exactamente a su contrario. Así, el Ministerio del Amor es en realidad una maquinaria movida por la energía del odio; el líder supremo, "El Gran Hermano", no es otra cosa que un tirano absoluto. Bueno, algo similar a la fantasía de Orwell sigue ocurriendo con el discurso político mexicano; éste va por un lado y la realidad marcha por otro, tan diferente, que con

frecuencia resulta el opuesto.

En el informe presidencial del 10. de noviembre, así como en muchos otros discursos y documentos que buscan dar a conocer a los ciudadanos las azoas y objetivos del gobierno, se afirma que la democracia política es, a la vez, una realidad viva y su preservación y perfeccionamiento una meta gubernamental. sus variantes fue mencionado por el presidente en por lo menos, 25 ocasiones: en promedio una vez cada dos cuartillas. La forma y contenido de estas menciones difícilmente pueden ser objetados. En efecto, ¿quién se atrevería a disputar la validez de afirmaciones como las siguientes?: "El destino soberano de México re-

side en la democracia y en la prosperidad compartidas". "Queremos una democracia a la altura de las mejores del mundo, capaz de conducir a nuestra patria con elevados grados de consenso y con mecanismos eficientes para dirimir el debate", "...soberanía es también democracia: democracia participativa, tolerancia y diálogo, acuerdo y acción concertada" o, para no agrandar innecesariamente al lista, esta última: "La democracia entraña el reconocimiento a la pluralidad y la competencia pacíficas. La violencia es un recurso irracional que atenta contra la fortaleza de la nación".

★

Ahora bien—y es aquí donde seguimos en 1984— el discurso presidencial poco o nada tiene que ver con la realidad en materia de democracia, pues esa realidad no lo avala. A estas alturas del supuesto proceso de modernización—y después de lo acontecido en julio de 1988— el gobierno se dio el lujo de declarar por boca del delegado del Registro Federal de Electores en Coahuila, el señor Gilberto Moreno Pacino, que si bien era cierto que una buena cantidad de ciu-

DEL CAMBIO

dadanos de esa entidad no habían podido depositar su voto en las urnas, ello se haba debido no a un fraude sino a un inocente accidente a que "se nos cayó el sistema de cómputo". Con excusa ya tan trillada, Moreno Pacino pretendió explicar por qué votantes con credencial no pudieron encontrar su nombre en el padrón distribuido a los presidentes de casilla, aunque sí estaban en las listas que antes se habían entregado a los representantes de los partidos. De todas las explicaciones posibles, la de Moreno Pacino resultó la peor, pues volvió a remover una herida en la conciencia cívica nacional que aún no se cierra al repetir casi textualmente la tristemente célebre explicación con que hace dos años el entonces secretario de Gobernación, Manuel Bartlett, pretendió justificar lo injustificable: la ausencia de cifras claras e inobjectables al final de la jornada electoral de 1988.

En un país dirigido por un equipo tecnocrático que se dice total y absolutamente comprometido con la modernización del sistema económico al punto que se atreve a solicitar la firma de un tratado de li-

bre comercio con la principal potencia mundial, y que pone en el centro mismo de su sistema de valores a la eficiencia, no es posible aceptar una organización electoral que no pueda dar al presidente de casilla una lista de empaquetados idéntica a la entregada a los partidos. La situación del "rasuramiento" de las listas de votantes llegó al punto de lo ridículo; el mismísimo gobernador de Coahuila—por definición el hombre políticamente más bien informado del estado—, y según testimonio de los periodistas que lo siguieron, tuvo que ir de una casilla a otra—como "ratón loco"—en su camioneta Ram Charger buscando dar con aquella en la que apareciera su nombre, para así evitar ser una víctima más de una operación que buscaba desalentar al votante normal al colocar su nombre en una casilla distinta a la que le correspondía (EXCELSIOR, 30 de octubre).

En la parte final de su informe, en el llamado "mensaje a la nación" el Presidente señaló: "La economía se recupera y preserva su estabilidad. El sistema político, a pesar de todas las presiones a las que ha estado sujeto, ha mantenido el orden interno y logrado importantes realizaciones. La posición de México en el mundo es más respetada y de mayor prestigio". Bueno, no exactamente. La recuperación de la economía apenas se inicia, aunque, efectivamente, pareciera ser ya un hecho; el orden político interno se ha mantenido pero no sobre una base firme. La incredulidad en los resultados electorales es mucha y tiene costos; y uno de esos costos es precisamente, el que internacionalmente se ponga en duda el prestigio, no de México, desde luego, pero sí de su gobierno.

El día 10. de mes sólo una de las cadenas de la televisión extranjera presentó escenas del informe presidencial a su auditorio, y éstas captaron la protesta de los congresistas, a la que se le dedicó tanto o más tiempo que al propio mensaje presidencial. Luego, el diario Los Angeles Times en su edición del día

3, hizo una afirmación que ya se habia hecho aquí hace tiempo: que el salnismo es perestroika sin glasnost, es decir, cambio económico sin modernización política. Finalmente, desde Washington, la corresponsal de El Financiero informó el día 5 sobre la publicación de un estudio elaborado para el Congreso norteamericano como preparación para las discusiones del propuesto Tratado de Libre Comercio (TLC) entre nuestro país y el vecino del norte. Ese estudio, entregado a la poderosa Comisión de Medios y Arbitrios de la Cámara de Representantes, se titula: "Revisión de las medidas de liberación de inversión de México y prospecto para la relación Estados Unidos-México", y en el mismo se hace referencia a un debate que hoy tiene lugar dentro de los medios políticos y académicos norteamericanos con interés por México; por un lado se encuentran quienes desean aprovechar las negociaciones del TLC para forzar al gobierno de México a celebrar elecciones "limpias y justas" como requisito para mantener la estabilidad política en el largo plazo; por el otro, están los que sostienen que es mejor no llegar al tratado comercial con los temas de la política interna del futuro socio. Sin embargo, y en cualquier caso, lo que no se pone en duda es el hecho mismo de que las elecciones mexicanas siguen siendo caracterizadas por su falta de limpieza.

En resumen, no parece que el prestigio del gobierno mexicano dentro o fuera del país sea precisamente el que supone el informe del Presidente. La cola de los "ratones locos" es tan larga que no se puede ocultar. Para lograr la imagen y la legitimidad interna y externa que el actual proyecto modernizador requiere para transformarse en realidad, es necesario tomar una decisión radical: desratizar el sistema político mexicano... y dar un buen mantenimiento a las computadoras con que se elaboran los padrones y se registran votos para que el sistema no se les vuelva a "caer" a sus operarios.